

NICOLE GALLAND

El bufón y la reina

Una historia de amor



Gales, 1198. El rey Maelgwyn ap Cadwallon, conocido como Noble por sus súbditos, lucha por proteger su pequeño reino de los enemigos que acechan dentro y fuera de sus fronteras. Accede a casarse con Isabel Mortimer, la sobrina de su peor enemigo, pero las relaciones entre ellos no son fáciles. Isabel deberá emplearse a fondo para ganarse el respeto de su marido y de la corte galesa, pero conseguir la aceptación de Gwirion, bufón de la corte y mejor amigo del rey, es tarea casi imposible. *El bufón y la reina* combina ficción histórica, intrigas políticas y un apasionado romance para crear una novela en la que los tres protagonistas tejen un complejo entramado de amor, lealtades y deslealtades, con un final inesperado. La obra maestra de una narradora extraordinaria.

Para Lothlórien Homet.

Agradecimientos

La finalización de esta historia ya es una historia en sí misma, y quizá algún día la escriba. Hasta entonces, deberá bastar con que dé las gracias a sus protagonistas.

En primer lugar, una zalema a mi personal santísima trinidad: Marc Glick, que deja bien alto el oficio de abogado y que gracias a Dios sabe reconocer un diamante en bruto; Jess Taylor, por la brillante ayuda editorial y su hilarante y provechoso sarcasmo durante el camino, y Liz Darhansoff, una agente extraordinaria y una supermujer. Steve Breimer y Jon Karas completan un grupo de *teulu* excepcionales; me siento bendecida por tenerlos a mi lado.

Jennifer Brehl, mi editora en Morrow, tiene la increíble habilidad de ayudarme a que disfrute practicando la cirugía a mi primer hijo.

Alan y Maureen Crumpler fueron tan generosos que la gente cree que exagero cuando los describo. Apenas acababan de conocerme cuando me invitaron a su casa para terminar el manuscrito, proporcionándome el mejor retiro que un escritor pueda pedir, así como toda su sabiduría en casi todos los campos y, además, deliciosas conversaciones durante las comidas.

Ray Thomas, el posadero de The Lion, hijo nativo de Radnoshire (Maelienydd), dio vida a este lugar, más allá de lo que leí sobre él en los libros. Gracias a sus anécdotas, también me dio la oportunidad de ver la tierra a caballo (y J. S., el caballo, me ayudó a examinar los helechos muy de cerca). La próxima vez que vayas a Gales, hospédate en The Lion, en Llanbister.

Steve Lewis me ofreció un apoyo extraordinario, confianza ciega, paciencia, amor y ayuda informática durante el primer borrador. El segundo borrador hubiera sido mucho más difícil de completar sin la ayuda de mi padre, Leo Galland, al ir a Gales, y para el tercer borrador, conté con la ayuda de mis abuelos Rachel y Hans William Galland.

Brian Caspe y Eowyn Mader fueron mis primeros lectores y críticos: su entusiasmo me dio la fuerza para empezar el segundo borrador.

Beryl y David Vaughan, como dice la canción: «Me hicieron un jergón en su suelo cuando no tenía dónde dormir»; Robert (Jippity) Sicular ha hecho lo mismo durante años, así como mis padres, Mike y Karen Colaneri. Laurence Bouvard fue y es fuente de inspiración lingüística, hospitalidad y camaradería en Londres. Alene Sibley y Bonnie Corso me ofrecieron paz espiritual, y Paul Hyman, todo el resto de cordura. Julián López-Morillas me proveyó de unas once horas de revisión de la realidad, y Bonnie Akimoto me ofreció su entusiasmo al final del camino. Y Lorien, alabada sea, escuchó e insistió.

Sion Davies me instruyó en historia e intentó con denuedo que me mantuviera fiel a ella. Soy responsable de cualquier error histórico, deliberado o no, que haya en la novela.

La obra de Paul Remfry sobre los castillos de Radnorshire unió mi imaginación a la realidad. Estoy también en deuda con el trabajo de John Davies (*A History of Wales*), Thomas Peter Ellis (*Welsh Tribal Law and Customs in the Middle Ages*), H. W. Howse (*Radnorshire*) y el editor Thomas Char-

les-Edwards (*The Welsh King and His Court*). La lista completa de material de investigación es demasiado larga para incluirla aquí, pero para los que estén interesados en fuentes primarias, Gerald de Gales (véase capítulo 4) es muy ameno y, aunque sin ser su intención, puede ser divertido. Está también *Law of Hywel Dda* y *The Chronicle of the Princes*.

También quiero agradecerle su ayuda a mucha gente que ha contribuido en menor grado, pero que aun así cuentan con mi más profundo agradecimiento. Esto incluye a Carys-Hedd, de la Mid-Wales Film Commission, y a otras amables almas de la Biblioteca Británica, la Biblioteca Nacional de Gales y San Fagins, que saben más de lo que yo nunca sabré. Incluye también a Mary Remnant, la santa patrona de la música antigua, y a Gail Tipton, mi intrépido compañero de camino en mis dos primeros viajes a Gales. A menudo confié en la bondad de los desconocidos, especialmente en Cymru. Varios viajeros con los que me encontré en cada cruce de caminos me ayudaron de muchas maneras. Hay demasiados para seguirles la pista, pero incluyen a todo el pueblo de Llanbister, Rhian Davies Wooldridge y Glynn Davies, el fantasma de mi abuela (por decirme que cogiera la tarta), Kalimata, David Hatcher, Cadw, y toda la gente que tocó música tradicional para mí. *Diolck yn fawr*.

Finalmente, un agradecimiento especial a cada uno de los verdaderos y maravillosos bufones a los que ha sido un placer, y un sufrimiento, y un privilegio conocer, y que ya sabéis quiénes sois.

Glosario

LUGARES

Cymaron: el castillo

Maelienydd: el reino

Gwynedd: un reino lejano, al norte

Powys: un reino colindante al noroeste

Deheubarth: un reino al sudoeste

PERSONAJES

Maelgwyn: soberano de Maelienydd

Cadwallon: soberano de Maelienydd

Gwirion: amigo del rey y bufón de la corte

Teuluu: guardia personal de un lord y una cuadrilla de guerra

Penteulu: título del capitán de las fuerzas *teulu*

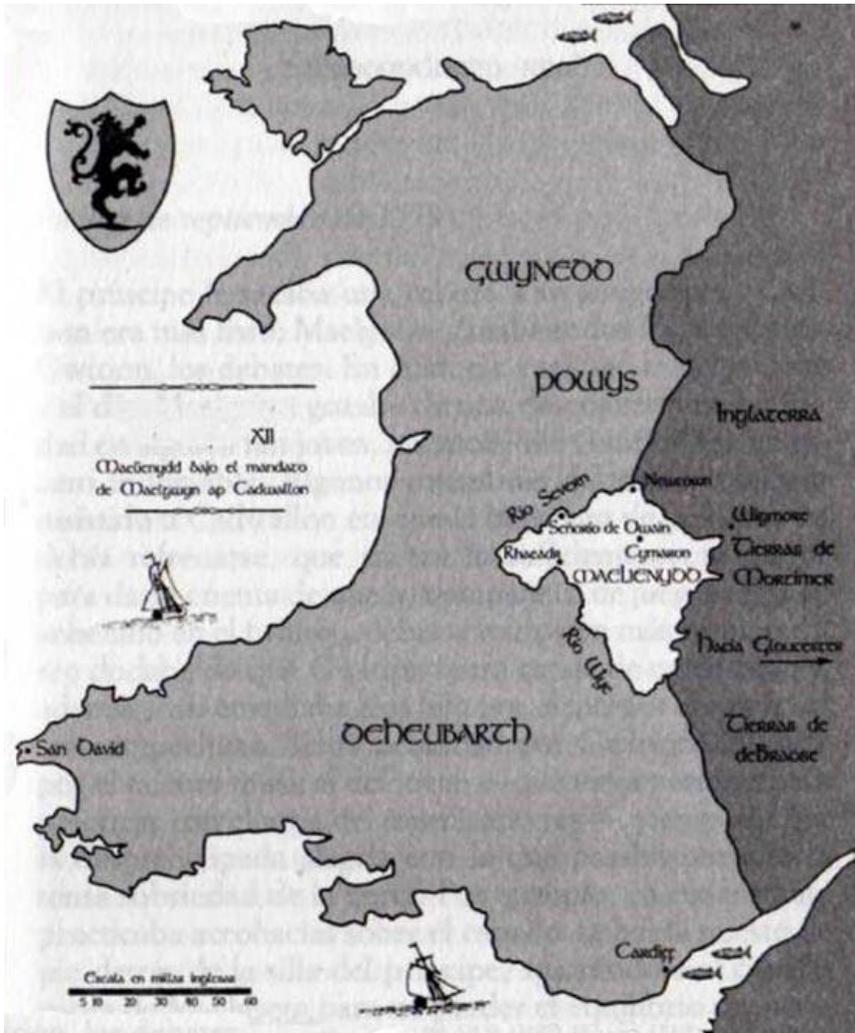
Gwilym: administrador del castillo

Marged: cocinera del castillo

Dafydd: nieto de Marged

Efan: *penteulu* del rey

Hafaidd: ujier del castillo
Goronwy: juez real
Gwallter: chambelán real
Hywel: bardo real
Cadwgan: mariscal real
Ednyfed: hijo del mariscal
Angharad: dama de compañía de la reina
Generys: dama de compañía de la reina
Madrun: dama de compañía de la reina
Llwyd: portero de sala de la reina
Huw: un barón de Maelienydd
Owain: un barón de Maelienydd
Humffri: un barón de Maelienydd
Llewelyn: príncipe de Gwynedd
Cynan: barón de Gwynedd
Rhys: fallecido soberano de Deheubarth



Prólogo

Salvoconducto real

Finales de septiembre de 1179

El príncipe le sacaba una cabeza a su amigo, pero Gwirion era más listo; Maelgwyn ganaba todos los combates, Gwirion, los debates. En cuanto a carácter, eran la noche y el día: Maelgwyn gozaba de una desconcertante serenidad en alguien tan joven, mientras que Gwirion era un pícaro indomable. Algunos miembros del consejo habían insistido a Cadwallon en que el huérfano de pelo oscuro debía refrenarse, que ya era lo suficientemente mayor para darse cuenta de que su compañero de juegos sería su soberano en el futuro y debía tratarlo con más respeto. El rey dudaba de que Gwirion fuera capaz de entenderlo y, además, casi envidiaba a su hijo por mantener esa amistad tan campechana. Tenía debilidad por Gwirion, en parte por el talento musical del joven —que tenía permiso para practicar con el arpa del mismísimo rey—, y en parte por la despreocupada alegría con la que pasaba por alto la tensa sobriedad de la corte. Por ejemplo, en ese instante practicaba acrobacias

sobre el caballo: se había puesto de pie detrás de la silla del príncipe, agarrándose al cabello rubio de Maelgwyn para no perder el equilibrio mientras cabalgaban. Como siempre, Maelgwyn ignoraba tranquilo la leve falta.

Los jinetes volvían de la corte del rey Henry en Gloucester, y la tarde nebulosa los encontró cabalgando por un camino que conducía hacia un valle de tierras de cosecha. Eran diez en total: el rey Cadwallon, el príncipe Maelgwyn, Gwirion y algunos de los guerreros de la guardia personal del soberano, los *teulu*. Era la primera vez que los dos jóvenes amigos visitaban Inglaterra y estaban encantados con la experiencia; especialmente Gwirion, a quien le gustaba explorar y había anunciado que recorrería la región a lo largo y ancho en cuanto fuera lo suficientemente mayor para viajar solo.

—Siendo éstas las tierras de Mortimer, ¿no intentará matarnos? —preguntó esperanzado Maelgwyn a su padre, reaccionando como un niño de nueve años ilusionado por la perspectiva de una aventura. Lo sabía todo sobre el clan de Mortimer: poderosos barones ingleses cuyas propiedades servían como amortiguador entre Gales e Inglaterra. Sabía, por ejemplo, que habían asesinado a la mayoría de su familia y que desde hacía un siglo intentaban conquistar su pequeño reino galés de Maelienydd. Sabía que en ocasiones habían salido victoriosos, y que el castillo en el que vivía había sido construido hacía años por Hugh Mortimer durante una ocupación. Pero también sabía que su padre, con la ayuda de lord Rhys, su primo, siempre había conseguido ahuyentarlos de nuevo.

Al oír la pregunta del príncipe, Gwirion se alarmó. Cadwallon sonrió para tranquilizarlo.

—Estamos en tierra de Mortimer, pero no corremos peligro. Viajamos con un salvoconducto real. Hugh Mortimer es súbdito del rey Enrique, y eso significa que debe dejarnos pasar sin oponer resistencia.

Y como si estas palabras fueran la entrada de una broma macabra, una flecha pasó rozándole el brazo para clavarse en el hombro de uno de sus *teulu*. Los chicos gritaron.

La segunda flecha alcanzó al rey en el pecho, y éste se desplomó en la silla, emitiendo un gemido; avanzó a tientas hacia los niños, que seguían chillando montados en el palafrén, cerca de él, e ignorando a su hijo, y no sin dificultad debido a su precaria situación, agarró a Gwirion para acercárselo. Ambos cayeron el suelo entre dos montes y aterrizaron hechos un ovillo en el sucio y duro camino mientras gritos y relinchos de caballo estallaban alrededor. Por un momento, en medio del pánico y la confusión, Gwirion pensó que había sido escogido para ayudar al monarca herido; hasta que se dio cuenta de que lo estaba usando como escudo.

El furioso ruido de cascos próximo a sus cabezas le hizo estremecer al mismo tiempo que gritaba y, por si fuera poco, el semental sin jinete de Cadwallon se alejó al galope y ellos quedaron expuestos ante sus atacantes. Una flecha pasó tan cerca de su cara que podía haberla mordido. Aterrorizado, volvió la vista hacia el palafrén, pero no había ni rastro de Maelgwyn, al que se había llevado uno de los *teulu*. Cuatro soldados más bajaron de un salto del caballo y se pusieron alrededor del monarca herido, con los escudos hacia fuera para protegerlo; aunque desde el punto de vista del muchacho, los sujetaban demasiado en alto. Los atacantes, que parecían proceder de todas direcciones, dispararon a las espinillas de los soldados, a escasos centímetros de la cabeza de Gwirion, y cuando los hombres aún intentaban evitar esas flechas, un segundo ataque se dirigía ya hacia las brechas de su defensa. Las flechas atravesaron sus armaduras de piel y los cuatro soldados se tambalearon ante Gwirion. Los caballos huían, y el cielo gris e indiferente parecía rebosar de flechas que cortaban el aire con el sonido de su trayecto. Con el rabillo del ojo, Gwirion vio a dos más de los hombres de Cadwallon caer cerca del helecho.

Luego oyó el griterío triunfal de los atacantes cabalgando hacia ellos.

—Señor —suplicó Gwirion, al borde de la histeria, volviéndose hacia el hombre robusto que yacía cerca de él. Su capa estaba prendida debajo del pesado brazo de Cadwallon—. Señor, ¿qué debo hacer?

El monarca tenía un aspecto ceniciento. Sólo consiguió volver la cabeza hacia el muchacho y susurrar:

—Protege a tu rey.

Desesperado, Gwirion tiró de la capa que estaba aprensada debajo del brazo de Cadwallon e intentó subirse encima del cuerpo del monarca para cubrirlo con el suyo. Enmudeció en cuanto se percató de que la tibia humedad en la que se hundieron sus dedos era la túnica ensangrentada del rey.

—A mí no —tosió Cadwallon, sin fuerzas para sacárselo de encima—. Protege a Maelgwyn, o caeremos ante Mortimer.

—¿Hugh Mortimer? —gritó Gwirion—. Pero tú...

Se interrumpió al observar que la mirada de Cadwallon pasaba de largo. Alejado y a salvo de la escabechina, un joven vestido de azul y oro detenía un enorme caballo de guerra gris y contemplaba la escena. Gwirion lo reconoció: era Roger Mortimer, el hijo de Hugh, a quien habían conocido en la corte de Enrique hacía tan sólo dos días; un joven conocido por su temeraria ambición. El rey susurró algo débilmente, pero sus palabras fueron inaudibles ante un nuevo y escalofriante sonido: los atacantes hundían la espada en el vientre de los jinetes heridos. Cadwallon respiró por última vez.

—Me uno a Dios —murmuró con airada resignación; cerró los ojos y dejó de moverse.

En tensión, Gwirion esperó a que el rey se uniera a Dios, pero no sucedió nada. El alma no era física, pero estaba convencido de que debería haber alguna evidencia de su partida porque, de no ser así, ¿cómo podía el padre Idner-

th hablar de ella con conocimiento? Hywel, el bardo, decía que incluso un tallo de avena tenía alma, aunque nunca comentó que se uniera a Dios. Gwirion esperó inmóvil durante mucho tiempo, aspirando temeroso el olor a sudor, sangre y tierra, totalmente concentrado, casi de una manera desesperada, en el cadáver que yacía a su lado. No pasó nada. El cuerpo del rey estaba extrañamente quieto.

Los gritos se habían convertido en débiles plañidos que poco a poco iban desvaneciéndose. Con precaución, levantó la cabeza y miró alrededor, temblando súbitamente de frío. El sucio camino estaba enfangado, y todos los soldados que habían cabalgado con ellos, muertos o agonizando. Los caballos habían huido, y él tuvo la esperanza de que hubieran vuelto a casa, al castillo de Cymaron, donde su llegada haría saltar la voz de alarma. Los seis atacantes habían bajado de los caballos y se reunían a menos de una docena de pasos de donde él yacía, palmeándose en la espalda a modo de felicitación. No podía creer que sólo fueran seis, con todo el daño que habían causado y las flechas que habían disparado. No se atrevió a mirarlos a la cara, pero su ininteligible habla extranjera sonaba más ruda y dura que el incomprensible lenguaje de la corte del rey inglés. Dos de ellos se pararon delante de un guardia caído, muy cerca de Gwirion, y éste aguantó la respiración mientras se abalanzaban sobre el cuerpo inerte y registraban su ropa. Al no encontrar nada de valor, escupieron contrariados sobre el cadáver. Entonces uno de ellos vio que el muerto tenía un pergamino sellado sujeto al cinturón, y lo cogió. Lo desenrolló, le echó una ojeada y se lo entregó a su compañero, que se echó a reír. Gwirion reconoció el salvoconducto real. El hombre se quedó el sello como recuerdo, arrugó el pergamino y lo enterró bajo su tacón.

En ese mismo instante, repararon en la presencia de Gwirion y, aunque el muchacho cerró los ojos, no estuvo seguro de haberlo hecho lo suficientemente rápido como para engañarlos. Tenía una de las piernas torcida debajo

del cuerpo en una posición incómoda; tuvo miedo de que empezara a temblarle y lo notaran. Pero sólo le echaron una ojeada, dando por sentado (por la sangre y la posición imposible de su cuerpo) que su alma se había reunido con la de Cadwallon.

Roger Mortimer había desmontado de su caballo para unirse al corro. Gwirion no sabía francés suficiente como para entender lo que decían, pero Mortimer estaba disgustado por algo, y no cesaba de repetir una palabra que Gwirion creyó reconocer de cuando espiaba las clases de lengua del príncipe: «Chico». Apoyó la cabeza en el brazo rígido de Cadwallon y observó a Roger con los ojos entrecerrados.

Estaba claro que buscaban al príncipe. El helecho en esas colinas era lo suficientemente alto como para esconder a un niño, pero tres de los hombres habían seguido algunas frondas rotas y se dirigían resueltos hacia los campos. Maelgwyn no podía estar en ningún otro sitio; de haber escapado, lo hubieran visto en la ladera descubierta. Presa del pánico, Gwirion miró al muerto que yacía a su lado. Proteger al rey. Intentó pensar con claridad: si se levantaba de pronto, sabrían que intentaba distraerlos deliberadamente y podrían ignorarlo, así que debía atraer su atención de una manera que pareciera accidental. No previó nada más. Nunca consideró qué pasaría si lo conseguía.

Volvió a apoyar la cabeza en el suelo y gimió débilmente, movió un brazo con dificultad, y se quedó quieto. Funcionó: todos los hombres se volvieron a la vez y se alejaron del helecho para dirigirse hacia él, gritando excitados. Pretendiendo estar aturdido, sacó la pierna de debajo de él y, temblando, luchó por incorporarse. Con el rabllo del ojo, vio cómo se agitaban unas frondas y supo que Maelgwyn ya no corría peligro. Gwirion aún no se había puesto de rodillas cuando una mano fuerte lo agarró violentamente de la túnica y lo levantó con rudeza: se encontró delante de una túnica azul y amarilla. Al sentirse liberado y con los pies